

quien un punto ni un paso se apartaba: «—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

— Tampoco donde hay luces y claridad », respondió la Duquesa.

5 Á lo que replicó Sancho: «—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

— Ello dirá », dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba. Y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXXV

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos

5 AL compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman *triumfales*, tirado de seis mulas pardas, encubiertas, empero, de lienzo blanco; y sobre cada una venía un diciplinante^a de luz, asimesmo vestido de blanco, con una

a. ...disciplinante. TON. — ...disciplinante. ARR., MAL., FK.

El cuadro que se nos presenta aquí: D. Quijote abrazando á Sancho y cubriendo de besos sus mejillas, lleno de alborozo porque su escudero, despues de tenaz resistencia, concede en darse los tres mil y trescientos azotes para el desencanto de la *argentada* ninfa; es el triunfo de la palabra humana puesta al servicio de una mala causa, de un propósito diabólico, de una burla sangrienta y cruel, sostenida con tal arte, con tanto ingenio, que Sancho, padre del encantamiento, creyó en la necesidad del vapuleo de sus carnes para que volviese á su pristina belleza la sin par Dulcinea del Toboso.

Que el proceso de tanta ficción merece nuevo aplauso, lo dirá el lector que enlace esta escena con aquella en que una de tres humildes labradoras pasó ante la consideración del enamorado caballero por la más alta y encumbrada señora de su pensamiento.

Línea 6. *...y sobre cada una venía un diciplinante de luz.* — Á diferencia del *disciplinante de penca*, á quien sacaban públicamente para ser azotado, el *disciplinante de luz* sólo salía á la vergüenza.

No hay que confundir á ninguno de estos con el *flagelante*, « hereje de una secta que apareció en Italia en el siglo XIII y se propagó en el siguiente por Alemania, cuyo error consistía en preferir, como más eficaz para el perdón de los pecados, la penitencia de los azotes á la confesión sacramental ».

hacha de cera, grande, encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados y encima ^a dél ocupaban otros doce ^b diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas (vista que admiraba y espantaba juntamente);

5 y en un levantado trono venía sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, á lo menos vistosa-

10 descubría un hermosísimo rostro de doncella; y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que, al parecer, no llegaban á veinte ni bajaban de diez y siete. Junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman *rozagantes*, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero, al punto que

15 llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de D. Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego ^c la de las arpas y laúdes, que en el carro sonaban, y, levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y, quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada

a. ...y delantera dél. ARG.₁. — ...y frente dél. ARG.₂, BENJ. — *b.* ...ocupa-
ban doce otros diciplinantes. C.₁, BR.₁,
Bow., FK. — *c.* ...y la de. Ton.

13. ...de una ropa de las que llaman «rozagantes». — «...luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos jimios, animales lascivos; sobre el carro venía una hermosísima dama, vestida de una *rozagante* ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas: venía arrimada á un baston negro, y en él fija una tablachina ó escudo, donde venían estas letras «sensualidad»: tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.» (*Persiles y Sigismunda*, II, 16.)

16. ...cesó la música de las chirimías. — «.. en el carro donde va encantada Dulcinea suenan las *chirimías* que tan profusamente aparecen en el teatro de Calderón. Estos instrumentos de origen español, de uso tan extendido, que lo mismo se empleaban en las iglesias para reforzar y entonar las voces, que en las fiestas y regocijos populares, y á bordo de las galeras de S. M., tenían en el siglo XVII un marcado carácter de música de ceremonia, eran los instrumentos que rodeaban y acompañaban á los grandes señores en las solemnidades en que intervenían: análogos á nuestros clarinetes ú oboes, con nueve agujeros, de los cuales sólo seis se tapaban ó abrían con los dedos. Todavía se conservan en algunas regiones de España y de la América latina, en Méjico singularmente.» (CECILIO DE RODA. *Los instrumentos músicos y las danzas en el «Quijote»*. — Conferencia dada en el Ateneo de Madrid en Mayo de 1905.)

y fea, de que D. Quijote recibió pesadumbre y Sancho miedo, y los Duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:

«— Yo soy Merlín, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo
(Mentira autorizada de los tiempos),

5

5. «— Yo soy Merlín, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo
(Mentira autorizada de los tiempos). —

De existencia legendaria más bien que histórica, el sabio escocés Ambrosio Merlín ha pasado á la posteridad como el prototipo de mago y hechicero.

Fué su padre, al decir de las producciones caballerescas, el diablo, como puede verse en el lib. I de la *Demanda del Santo Grial*:

«CAP. XI. — De como el diablo quiso engañar á la madre de Merlín porque la vio sañuda.

Ella, quando vio que su hermana tan mala cosa le ponía assi, dixole que se fuesse de su casa; y la otra dixole que no faria, ca tambien fuera de su padre como del suyo della. E quando la doncella vio que no queria salir, tomola de las espaldas e quisola echar fuera, e la otra dixo a los garçones que tomassen e la friessen, e la donzella fuyo a vna camara, e cerro la puerta empos de sí y echose a su lecho e començo de llorar. E quando el diablo la vio sola y sañuda, fue muy alegre, e por le fazer mayor pesar auer, menbrole la muerte del padre y de la madre y de los hermanos, y de lo que se dixera su hermana. Y en aquel pesar estando, adormeciosse. Y quando el diablo vio que dormía y que se le olvido todo lo que el hombre bueno le enseñara, fue muy alegre, y que estonce era de todo guarda fuera de Dios, y estonce penso como en ella podría auer su fiijo, e dormio con ella estando ella dormiendo, y ella desperto e dixo: «Sancta Maria, e que es esto que agora assi me catiuo, ca no soy agora tal como quando aqui me acoste?» Y entonces leuantose, e busco aquel que con ella dormiera, e no fallo nada, e fue a la puerta e hallola cerrada. Y entonces entendio que fuera el diablo aquel que con ella dormiera, e vno gran pesar, y encomendose a Dios.

CAP. XII. — De como la madre de Merlín se sintio corrupta, e fue tomar consejo con el hombre bueno...

CAP. XIII. — Como la madre de Merlín se sintio preñada y de lo que le dezian los que con ella fablaúan...

CAP. XIV. — Como los juezes mandaron prender á su madre de Merlín, y ella embio por el hombre bueno...

CAP. XV. — Como la madre de Merlín estuuo encerrada en la torre ocho meses...

CAP. XVI. — De como Merlín, seyendo bien niño, fablo con su madre y ella fue muy espantada; y se le cayo el niño de los braços...

CAP. XXII. — De como Merlín dixo al alcalde quien era su padre y de como el era hijo del diablo.

Y el niño (Merlín) dixo: «Yo te lo dire, e mas por tu amor que por tu miedo; e yo quiero que tu creas e sepas que yo so hijo del diablo que engaña a mi madre, e a nombre Enquibedos, y es de vna compañía que anda en el

Príncipe de la mágica, y monarca
 Y archivo de la ciencia zoroástrica,
 Émulo^a á las edades y á los siglos,
 Que solapar pretenden las hazañas
 De los andantes bravos caballeros,
 Á quien yo tuve y tengo gran cariño.
 Y puesto que es de los encantadores,
 De los magos, ó mágicos contino

a. Emulos. V. 3, BAR.

5

ayre, e Dios quiso que yo vudiese seso e memoria e de las cosas hechas, e de las dichas, e de las por uenir.»

Quien tenga suficiente paciencia para leer tan intrincado libro, hallará en él una serie de profecías quizá en demostración de aquella famosa producción intitulada *Profecías del sabio Merlin* (1), de autenticidad muy dudosa:

«Dixo el gran sabio Merlin contra maestre Antonio: «Sabed que dos reyes godos descendieron en España de parte de Oriente, que de Dios seran embiados verdaderamente, e seran cabeça del Reynado en el principadgo mayor de España, y sera dicho Leon. E todas las otras conquistas seran subjecion deste poderío. Y estos señorearan las partidas de España, y de aquellos godos descendiran los reyes de las partidas de España; cada vno por cuento de vno empos de otro, assi como viene la generacion de padre a hijo, hasta que llegaran a los cinquenta años de mas de los cccc años de Jesu Christo.

En aquel tiempo se perderá vn rey de los godos, que sera rey de España, e perderse ha en aquel tiempo el linaje de los reyes godos. Por lo qual la nobleza e gran poder e principadgo mayor de España llegara al punto de se perder.

Y sera destruyda en aquel tiempo hasta los puertos, de la gente mala e descreyda, e ally sera fuerte e firme la cuytada de España. E reterna ally la fe. Y por el su error, morra este rey abiltado, e sera comido de la sierpe rabiosa, que lo sacara del mundo terenal e eriança y engendramiento de si mismo (2). Y a los cinquenta e ocho años de mas de los setecientos años de nuestro señor Jesu Christo, se ayuntaran las gentes de las tierras de España e faran rey entre si, e no sera del linaje de los reyes godos, e con este rey (3), e con su linaje e generacion, defendera esta conquista, e fasta que de las montañas salga vn leon (4) que cometera las gentes brauas con la ayuda del señor muy alto, e partira las tierras con sus vasallos, e llamarse ha cabeça de conde. E con este conde e con su linaje se defendera esta conquista de España fasta que sera cabeça de Reynado.»

Según las producciones caballerescas, él es el iniciador de la Mesa ó Tabla Redonda, el que elige los caballeros para ella, el que salva al Rey Artús del desafio con el caballero Tendejón; él es, en fin, el primero de los nigrománticos del ciclo artúrico.

(1) Ed. BONILLA SAN MARTÍN, I, pág. 155.

(2) Alude á D. Rodrigo.

(3) Se refiere á D. Pelayo. Opinan otros que era de linaje godo.

(4) ¡Alfonso I el Católico, Duque de Cantabria, ó Alfonso III el Magno, que dividió los estados entre sus hijos!

Dura la condición, áspera y fuerte,
 La mía es tierna, blanda y amorosa,
 Y amiga de hacer bien á todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite,
 Donde estaba mi alma entretenida
 En formar ciertos rombos y^a caracteres,
 Llegó la voz doliente de la bella
 Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
 Y su trasformación de gentil dama
 En rústica aldeana: condolíme,

Y, encerrando mi espíritu en el hueco
 Desta espantosa y fiera notomía,
 Después de haber revuelto cien mil libros
 Desta mi ciencia endemoniada^b y torpe,
 Vengo á dar el remedio que conviene
 Á tamaño dolor, á mal tamaño.

¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
 Las túnicas de acero y de diamante;
 Luz y farol, sendero, norte y guía
 De aquellos que, dejando el torpe sueño
 Y las ociosas plumas, se acomodan
 Á usar el ejercicio intolerable
 De las sangrientas y pesadas^c armas!

a. ...rombos caracteres. GASP. — b. ...indemoniada. BAR.
 c. De la sangrienta y pesada arma. V. 3.

6. En formar ciertos rombos y caracteres. —
 También Lope pronunció caracteres en estos versos:

«De fortaleza alaba Roma a Scévola
 Á Orphea y Anphion la dulce música...
 Al Rey de Batro rhombos y caracteres.»

(Obras sueltas de Lope, t. V, pág. 341.)

13. Desta espantosa y fiera notomia. —
 Véase nuestra nota del t. IV, pág. 188.

18. ¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten...
 De las sangrientas y pesadas armas! —

Á la alta y robusta entonación lírica de estos versos, propia del divino Herrera y digna de un caudillo como D. Juan de Austria, Cervantes, á nuestro juicio, no porque le sobrecogiese el sueño, como diría Horacio, sino para dar nueva muestra de su genio festivo y maleante, en lo que á la caballería

Á ti^a digo, ¡oh varón como se debe
 Por jamás alabado!, á ti, valiente
 Juntamente y discreto D. Quijote,
 De la Mancha esplendor, de España estrella,
 5 Que, para recobrar su estado primo
 La sin par Dulcinea del Toboso,
 Es menester que Sancho, tu escudero,
 Se dé tres mil azotes y trecientos
 En ambas sus valientes posaderas
 10 Al aire descubiertas, y de modo
 Que le escuezan, le^b amarguen y le enfaden.
 Y en esto se resuelven todos cuantos
 De su desgracia han sido los autores;
 Y á esto es mi venida, mis señores.»

15 «— ¡Voto á tal! — dijo á esta sazón Sancho. — No digo yo^c tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. ¡Válate el

*a. Á ti te digo. GASP. — b. ...escuezan, amarguen. TON.
 c. ...digo tres. BR., TON.*

toca; en medio del entusiasmo poético, repetimos, pone un vocablo, la voz *farol*, que fuera caída lamentable en la pluma de cualquier poeta, si en la suya no se estimase como nota despectiva llamada á destruir el efecto de tan pomposo encomio.

15. *¡Voto á tal!* — *dijo á esta sazón Sancho.* — *No digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas.* — «Aquella bárbara, desvergonzada, deshonesto y vilipendiosa costumbre de los azotes, que desde la más tierna infancia perseguía al hombre y á la mujer hasta la ancianidad, á la menor apariencia real ó supuesta de delincuencia, casi siempre pública y afrentosa, sirviendo de solaz y recreo... hasta á los muchachos, refléjase, como no puede menos, en las producciones del ingenio de Cervantes.»

El Sr. Apraiz, autor de las líneas que preceden, ilustra la idea con no pequeña copia de citas, todas pertinentes al asunto:

«...Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus... que le dió... más de *doscientos azotes.*» (*Don Quijote*, I, cap. 15.)

«Señor Licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces. — Advierte niño que los *azotes* que los padres dan á los hijos honran y los del verdugo afrentan.» (*Licenciado Vidriera.*)

«ALCALDE. — Le *haré* dar *doscientos azotes* en las espaldas, que se vean unos á otros.» (*El Retablo de las Maravillas*, esc. VIII.)

Á lo cual añade: «*Recuérdense* las azotainas de Andresillo, del Moro que besó á Melisendra, de *la* Rodríguez, y sobre todo el chistoso y entretenidísimo desencanto de Sancho Panza, tan lento en llevarse á cabo por el excesivo cariño que éste profesaba á sus rollizas posas, y del que solía decir la Duquesa

diablo por modo de desencantar. Yo no sé qué tienen que ver mis posas^a con los encantos. Par^b Dios que, si el señor Merlín no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.

— Tomaros he yo, — dijo D. Quijote, — don villano, harto de 5
 ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos

a. ...mis posaderas con. V., BAR. — b. Por. FK.

que darse con la mano, más es darse *de palmadas que de azotes*, y opinaba la supuesta Dulcinea encantada, que cualquier niño de la doctrina recibía cada mes los tres mil trescientos azotes que á él le pedían.»

6. *...y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió.* — Al estilo plebeyo y zumbón pertenece esta expresión, que no se lee en el léxico oficial; mas no así en *El Ingenioso Hidalgo* y en las demás obras de nuestro autor, pues diríase que blasona de ello y como que se regodea en darle toda la extensión que en la lengua castellana corre la sobredicha frase, poco menos que inocente en el ejemplo propuesto, henchida de ironía en otros, profundamente despectiva aquí, hija de crudo realismo en todas partes.

Al género inocente, habida consideración á la crudeza de otras citas, pertenecen las siguientes:

« ¡Desdichado de mí y de la madre que me *parió.* » (I, cap. 17, pág. 52.)

«...que si, como tardó tres días, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo *parió.* » (I, cap. 26, pág. 243.)

«...sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había *parido.* » (I, cap. 43, pág. 227.)

«...así esta albarda es mía como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera *parido.* » (I, cap. 44, pág. 244.)

«...y hacerle desnudar como su madre le *parió.* » (I, cap. 50, pág. 339.)

«...y podría ser que, viéndoos gobernador, no conociédeses á la madre que os *parió.* » (II, cap. 4, pág. 94.)

«Y venía tal, el triste, que no le conociera la madre que le *parió.* » (II, cap. 7, pág. 120.)

«...es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la *parió.* » (II, cap. 33, pág. 159.)

Aun el lector más ignaro sabe de coro la clasificación que corresponde á esotros textos:

«...el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me *parió.* » (I, cap. 37, pág. 98.)

«...y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te *parió.* » (I, cap. 37, pág. 103.)

«...vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os *parió.* » (I, cap. 52, pág. 361.)

Quizá pueda sostenerse que, en el caso concreto de *La lía fugida*, hable en serio cuando dice: «D.^a Esperanza... estaba tan pulcela como la madre

azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones. Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.»

Oyendo lo cual Merlín, dijo: «—No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que, si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

— Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, — replicó Sancho, — á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo, por ventura, á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya (pues la llama á cada paso mi vida, mi alma), sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo?... abernuncio.»

que la *parió*.» Pero ¿no caen dentro de las maleantes jocosidades del ingenio complutense estos ejemplos? ¿Por ventura, la fórmula «tan doncella como la madre que la *parió*», no se encuentra á cada paso en los libros de caballerías en que tan entendido se muestra? Reflejo de ellos son estos pasajes:

«...doncella hubo, en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la había *parido*.» (I, cap. 9, pág. 207.)

«Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la *parió*.» (I, cap. 26, pág. 238.)

13. *El señor mi amo sí, que es parte suya (pues la llama á cada paso mi vida, mi alma), sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella.* — Por lo interesante damos á conocer la siguiente nota de D. Juan Calderón (1):

«Una de las circunstancias que debían tener los azotes de Sancho para el desencanto de Dulcinea, era el que fuesen voluntarios, pero podían ser dados por mano ajena, aunque fuese algo pesada. «Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho; á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la Señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? *El Señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto.*» El señor Clemencin observa: «El lenguaje de este periodo está notablemente descuadernado, acaso por la mala inteligencia de la letra del original, el cual parece que debió decir: *el Señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo mio: él se puede y debe azotar etc.*»

Nosotros creemos que la mala letra del original no tiene nada que hacer en el caso presente. Lo que hay es que el Comentador desconoce el pensa-

(1) *Cervantes vindicado*, pág. 192 á 195.

Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando, levantándose en pie la argentada ninfa que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció más que demasíadamente^a hermoso, y, con un desenfado varonil y

a. ...que medianamente hermoso. ARG. 1.

miento de Sancho, y con su corrección le hace decir lo que no quiere ni debe decir. De los amantes el que se halla en necesidad aquí es la dama y no el Caballero. Sancho, con las palabras *sustento y arrimo suyo*, que son las del testo, recuerda que el Caballero es el sustento y el arrimo de ella, lo que es muy bien pensado para inferir que él es el que debe acudir á socorrerla, esto es, azotarse por ella, para que salga de su encanto. El Comentador, con las palabras *sustento y arrimo mio*, que pone en lugar de las del testo, le hace recordar que ella es el sustento y el arrimo de él, lo cual solo vendría al caso, si se tratase de alegar razones para que ella acudiese á socorrerle á él. El pasaje está bien cual se halla en el testo, y no le falta sino un signo ortográfico, que indique lo que en él se dice como de paso, y que absolutamente hablando pudiera suprimirse.

El Señor Pellicer lo ha presentado, por decirlo así, pues ha puntuado el pasaje de este modo: *El Señor mi amo sí (que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo) se puede y debe azotar por ella.* Decimos solamente que lo ha presentado, mas no que ha distinguido bien el pensamiento de Sancho, pues deja subsistir las palabras *sustento y arrimo suyo*, como complemento del verbo *llama*, en cuyo caso debieran ser *sustento y arrimo mio*, como ha corregido el señor Clemencin. Nos parece pues que el paréntesis solo debe comprender las palabras, *pues la llama á cada paso mi vida, mi alma*, porque de este modo todo queda corriente: *El Señor mi amo sí, que es parte suya (pues la llama á cada paso mi vida, mi alma), sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella.* Así se ve que lo que Sancho dice es, que el Caballero es parte de la dama, y además sustento y arrimo de ella, y por consecuencia muy legítima, que él es quien debe volar á su socorro azotándose. Dice que su Señor es parte de ella, y como esto parece ser mucho decir, en el inciso que está entre paréntesis motiva su dicho, á saber; porque á cada paso le oye llamarla *mi vida, mi alma*; no tiene necesidad de motivar lo segundo, á saber, que es sustento y arrimo suyo, porque está muy en el orden que el Caballero lo sea de su dama. Por otra parte, si el pasaje se hubiese hallado como lo corrige el Comentador, quizá hubiera venido al pensamiento de alguno el darle un sentido bastante estrafalario. Dice pues: *El Señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo mio*: estos dos puntos que pone despues de la palabra *mio* cierran la oración; y como inmediatamente antes precede esta pregunta: *¿Parí yo por ventura á la Señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos?* añadiendo en seguida: *el Señor mi amo sí, etc.*, hubiera podido entender: *el Señor mi amo sí (la parió...)*, porque el Comentador deja la oración sin verbo espreso, cerrada en los dos puntos puestos despues de *mio*, teniendo que dar ya otro sugeto *él* al verbo siguiente, *se puede.*»

2. ...quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció más que demasíadamente hermoso. — El encarecimiento pudo hacerse en otro giro que, sin dejar de ser castizo, no infiriese agravio á la gramática.